

# **“DE NUESTRO CORRESPONSAL EXCLUSIVO”. COBERTURA INTERNACIONAL Y EXPANSIÓN INFORMATIVA EN LOS DIARIOS DE BUENOS AIRES DE FINES DEL SIGLO XIX<sup>1</sup>**

LILA CAIMARI<sup>2</sup>  
lcaimari@udesa.edu.ar

## *Resumen*

Partiendo de la premisa de que el corresponsal remoto y el telégrafo submarino fueron fuerzas decisivas en la expansión informativa que caracterizó a la prensa de fines del siglo XIX, este trabajo ofrece una ponderación del alcance efectivo de las corresponsalías “exclusivas”. Propone, por un lado, considerar un repertorio más amplio de elementos, entre los que cuentan figuras periodísticas de estatus más ambiguo, y a menudo anónimo; por otro, se interroga por vehículos de distribución informativa otros que el telégrafo transatlántico. De este modo, la narrativa propuesta revisa críticamente la versión de los propios diarios - y de sus observadores más allegados - sobre sus prácticas de acceso a la información, para proponer que la combinación de recursos que confluyeron en la expansión del horizonte de noticias era a la vez más limitada y más diversa de lo que sugería aquel diagnóstico.

*Palabras clave:* prensa - corresponsales - periodismo - tecnología - información

---

<sup>1</sup> Agradezco los comentarios de Cristiana Schettini, Martín Albornoz y Diego Galeano a una versión inicial de este trabajo.

<sup>2</sup> Investigadora Independiente, CONICET. Profesora, Posgrado en Historia, U. de San Andrés  
*Investigaciones y Ensayos* N° 68, 2° semestre 2019, pp. 23-53

*Abstract*

Assuming that the submarine cable and the international correspondent were decisive forces in the informative expansion of the late XIXth century press, this study offers an assessment of the effective role played by “exclusive” correspondents in that process. On the one hand, it explores the contribution made by a larger universe of journalists, including those with a more ambiguous (and often anonymous) status; on the other, it brings to the picture vehicles of distribution other than the transatlantic cable. Thus, the proposed narrative critically revises the version offered by the newspapers themselves - and their friendlier observers - about the practices involved in the newly expanded access to information. In doing so, it shows that the combination of resources involved in the making of a new informative horizon was at the same time more limited and more diverse than the original diagnosis suggested.

*Keywords:* press - correspondants - journalism - technology - information

En su instructivo balance del estado de la prensa argentina de 1896, Jorge Navarro Viola contrastaba la situación en aquel cierre del siglo con la que predominaba dos décadas antes. Por entonces, “El gran diario era ante todo un órgano de principios políticos o religiosos”, recordaba. Fuera de las páginas centrales escritas por grandes figuras del momento, “el público encontraba unas pocas columnas donde satisfacer su deseo de novedad”.<sup>3</sup> Esto era inconcebible en el momento en que escribía. Cada vez más apurado, tomado por el vértigo de la vida en la urbe y las ambiciones de enriquecimiento, el público tenía menos tiempo de leer, pero “tiene sed de algo nuevo, sin embargo: desea estar al corriente de lo que pasa, no ya en el país, sino en el mundo entero.”<sup>4</sup> Con una tasa de inmigración europea que figuraba entre las más altas del mundo, lejano en el espacio pero ligado a los centros de irradiación informativa por lazos culturales e identitarios, el mercado de diarios de Buenos Aires se distinguía

---

<sup>3</sup> JORGE NAVARRO VIOLA, *Anuario de la prensa argentina 1896*, Buenos Aires, Imprenta Pablo Coni e Hijos, 1897, p. 6.

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 22.

por la concentración de lectores que combinaban altas tasas de alfabetización con expectativas de cobertura internacional mucho más ambiciosas que en el pasado. El viejo diario del gran hombre político, con artículos doctrinarios de cuatro columnas, había sido reemplazado por verdaderas empresas periodísticas, hechas con piezas más cortas, más llamativas y, sobre todo, más abarcadoras en horizonte temático y espacial.

A la cabeza de este cambio estaban *La Prensa* y *La Nación*, observaba Navarro Viola, los diarios que en dos décadas y media se habían constituido en líderes de la modernidad periodística. Con sus tiradas en rápido aumento, la diversificación de su oferta de lectura, su pretensión de objetividad en el tratamiento de la cosa pública y su incorporación de clasificados, ilustraciones y publicidades, ambos se habían consolidado en un mercado excepcionalmente competitivo.<sup>5</sup> Un aspecto fundamental de este éxito residía en el servicio internacional, observaba Navarro Viola, que concentraba los mayores recursos telegráficos, prestigiosos colaboradores de todo el mundo, y corresponsales viajeros “que envían por cuenta propia á los puntos donde se desarrollan sucesos de importancia.” Era por su intermedio que la cobertura noticiosa se había expandido tanto: “La guerra de Cuba, la guerra Chino-Japonesa, la campaña de Italia en Abisinia, la cuestión de Oriente, la revolución cretense, en suma, los acontecimientos universales del año, han podido seguirse en sus columnas paso á paso.” Un nuevo sistema de composición desplazaba la sede física del diario a los márgenes del quehacer del periodismo. En este esquema -a su juicio, síntoma de la gravitación creciente del modelo “yankee”- la redacción quedaba vaciada de personal, limitándose a alojar al director que corregía lo que mandaban cronistas y corresponsales diseminados por la ciudad, las provincias y el mundo, mientras un puñado de redactores sedentarios trabajaba con los materiales llegados por el telégrafo.

---

<sup>5</sup> *La Prensa*, el más vendido, publicaba 58.000 ejemplares diarios en 1898, que eran 160.000 hacia 1913. En ese mismo lapso, *La Nación* pasaría de 25.000 a 100.000. LEROSE & MONTMASSON (eds.), *Guía periodística argentina*, Buenos Aires, 1913, p. 71 y 63-64; AGN, *Censo Económico y Social*, 1895, Capital Federal, Periodismo. Una buena síntesis de los rasgos de la modernización de la prensa porteña a fines del siglo XIX en: CLAUDIA ROMÁN, “La modernización de la prensa periódica, entre *La Patria Argentina* (1879) y *Caras y Caretas* (1898)”, en: Alejandra Laera (dir.), *El brote de los géneros* (vol. 3 de *Historia crítica de la literatura argentina*), Buenos Aires, Emecé, 2010, pp. 15-38. Ver también: JAMES CANE, *The Fourth Enemy. Journalism and Power in the Making of Peronist Argentina, 1930-1955*, University Park, The Pennsylvania State University Press, 2011, pp. 25-57.

Las palabras más elogiosas eran para el servicio de *La Nación*, pionero en este rubro:

Es bien digna de mencionarse especialmente la perfección alcanzada por su servicio telegráfico, habiendo sido éste el primer diario argentino que usó el cable europeo para establecer una corriente regular de noticias. Sus despachos, -algunos de ellos datados hasta las seis de la mañana de la fecha del diario- le son transmitidos por sus corresponsales especiales de las principales ciudades europeas y americanas.<sup>6</sup>

La inversión en agentes propios permitía dispensar del servicio de las agencias de noticias, concluía el informe, manteniendo independencia de criterio y libertad con respecto a intereses ajenos a los diarios locales.

Abarcador, nítido en sus contrapuntos entre pasado y presente, el balance de Navarro Viola constituye una referencia insoslayable en los estudios sobre la modernización de la prensa porteña, cuyo auspicioso desarrollo reciente todavía no incluye análisis sistemáticos de la expansión de noticias internacionales.<sup>7</sup> Por cierto, tampoco han abundado sobre el asunto las historias de la prensa decimonónica producidas en países centrales, que acaso por esta misma colocación, han acordado menos importancia a los servicios internacionales, pieza fundamental del proceso en un país como Argentina.<sup>8</sup> Este trabajo propone volver sobre aquella descripción de la apertura del horizonte informativo para examinar más de cerca algunas de sus premisas, a todas luces deudoras del discurso de los mismos actores del cambio. Difícilmente podía ser de otra manera, pues como observa Schudson a propósito del ascenso de los grandes diarios neoyorquinos de ese

---

<sup>6</sup> NAVARRO VIOLA, *ob. cit.*, p. 24.

<sup>7</sup> El trabajo de Martín Bergel, cuyo análisis de las representaciones del Oriente en la prensa porteña parte de un certero diagnóstico de los servicios internacionales como un desarrollo fundamental de la prensa argentina de fin del siglo XIX, constituye una excepción. MARTÍN BERGEL, *El Oriente desplazado. Los intelectuales y los orígenes del tercermundismo en la Argentina*, Bernal, UNQ, 2016, pp. 73-94.

<sup>8</sup> DOMINIQUE KALIFA et al., *La civilisation du journal. Histoire culturelle et littéraire de la presse française*, Paris, Nouveau Monde, 2011. Llama la atención, en efecto, que esta magnífica obra de gran espectro (y más de 1500 páginas) sobre la prensa decimonónica no incluya estudios sobre esta dimensión.

mismo fin de siglo, el triunfo en el mercado era tributario en medida no desdeñable de la apuesta a la auto-promoción (*self-advertisement*) de las capacidades informativas.<sup>9</sup>

El argumento general que sostiene este recorrido puede ser resumido así: dando por hecho que el corresponsal remoto y el telégrafo submarino eran fuerzas decisivas en la expansión informativa, la explicación de este proceso requiere de una ponderación del alcance efectivo de las corresponsalías “exclusivas”; y obliga, por otro lado, a considerar un repertorio más amplio de elementos, entre los que cuentan figuras periodísticas de estatus más ambiguo y vehículos de distribución informativa otros que el telégrafo transatlántico. La narrativa aquí propuesta revisa, así, la versión de los propios diarios -y de sus observadores más allegados, como Navarro Viola- sobre sus prácticas de acceso a la información, para proponer que la combinación de recursos que confluyeron en la expansión del horizonte de noticias era a la vez más limitada y más diversa de lo que sugería aquel diagnóstico.

A medida que se despliega, este argumento retoma ideas instaladas en los estudios sobre los flujos informativos globales de fines del siglo XIX, basados en los efectos combinados de las innovaciones tecnológicas y la emergencia de las agencias de noticias de escala global.<sup>10</sup> Asumiendo que dichos agentes jugaron un papel fundamental en el proceso, la perspectiva aquí favorecida atiende a las mediaciones implícitas en dicho sistema, elemento marginal en los estudios económicos y geopolíticos. En la medida en que los corresponsales constituían un eslabón activo del sistema, su mediación transmisora no puede descontarse como simple engranaje, y requiere por eso mismo de un esfuerzo de visibilización.

En los diarios aquí estudiados, esta función adquirió formas muy diversas. Por este motivo, el trabajo cierra ofreciendo un repertorio tentativo de figuras de corresponsalía concebidas en términos de la historia cultural de la prensa. Esto

---

<sup>9</sup> Schudson observa el mismo rasgo en el ascenso paralelo de dos diarios antitéticos: el *New York World*, de Pulitzer, y el *New York Times*. *Discovering the News. A Social History of American Newspapers*, Nueva York, Basic Books, 1978, p. 95.

<sup>10</sup> OLIVER BOYD-BARRETT Y TERI RANTANEN (eds.), *The Globalization of News*, Londres, Sage 1998; Jonathan Silberstein-Loeb, *The International Distribution of News. The Associated Press, Press Association, and Reuters, 1848-1947*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014. Sobre Brasil: PEDRO AGUIAR, “O Império das Agências: territórios, cartes y circulación de la información internacional (1859-1934)”, en: *Revista Eptic*, Vol. 17, N°2, mayo-agosto 2015, pp. 18-38.

implica considerar la figura del corresponsal-estrella o el corresponsal-literato junto a otras menos visitadas por los estudios del periodismo o la literatura, en un intento por pensar una historia de la corresponsalía del diario argentino moderno que pueda hacerse cargo, a la vez, de las intrincadas lógicas de la circulación informativa de la época.

## EXPANSIÓN INFORMATIVA

En América del Sur, la era de la expansión informativa tiene un hito principalísimo en la puesta en marcha de la conexión telegráfica con Europa por la vía del cable tendido en el lecho atlántico, que conectó Lisboa con Pernambuco en agosto de 1876.<sup>11</sup> La prensa era sólo uno de los usuarios iniciales de este servicio, verdadera maravilla tecnológica de la época. Y ni siquiera era el principal: en razón de los enormes costos, los estados nacionales y los grandes actores económicos utilizaban más asiduamente que los diarios el gran cable submarino, para intercambios de información diplomática, comercial y financiera.

En todos los casos, el acceso de la prensa se inició gracias a la mediación de la agencia de noticias Havas, con base en París. Junto a Reuters, Havas lideraba el cartel de cuatro agencias informativas de la era del cable (las otras dos eran la alemana Wolff, y el consorcio de diarios norteamericanos reunidos en Associated Press, todavía un socio menor). Su estatus de miembro *senior* le había garantizado a Havas acceso a una parte sustantiva del mercado de noticias del mediterráneo, además de Rusia y Rumania. Y luego, cuando se inició la construcción del telégrafo del Atlántico Sur, la ausencia de competidores le permitió anexar sin mucha discusión las oportunidades que nacían con la inauguración del sistema sudamericano. Así, cuando los diarios de Buenos Aires anunciaron su ingreso triunfal a la era de la noticia telegráfica internacional, lo hicieron mediante la publicitada suscripción a la agencia Havas, que celebraban como la garantía de una cuota cotidiana de noticias actuales de Europa.<sup>12</sup>

---

<sup>11</sup> HORACIO REGGINI, *Sarmiento y las telecomunicaciones. La obsesión del hilo*, Buenos Aires, Galápagos, 1997, pp. 175-195.

<sup>12</sup> *La Nación*, Buenos Aires, 11 de julio de 1877, p. 1. Sobre el desembarco de Havas en América del Sur: RHODA DESBORDES, “Migrations et réseaux d’information au XIXème siècle : Les agences Havas-Reuter en Amérique du Sud, 1874-1876”, en: *Amérique Latine Histoire et Mémoire. Les Cahiers ALHIM*, 8; “L’information internationale en Amérique du Sud: les agences *Investigaciones y Ensayos* N° 68, 2° semestre 2019, pp. 23-53

La temprana presencia de Havas en las principales ciudades costeras de Brasil, Uruguay, Argentina, Chile y Perú, parecía anunciar un control estrecho del mercado de noticias en la región, y una asociación directa entre la oferta de noticias de esta agencia y las que deparaba la nueva era del cable. Pronto se volvió evidente, sin embargo, que este gran actor del mercado europeo estaba lejos de imponer nada comparable a un monopolio en la zona de influencia sudamericana. Las dificultades se manifestaron desde el principio: dependencia de un sistema de cables controlado por empresas británicas para transmisiones complejas de muy larga distancia, conocimiento limitado de los contextos de las sociedades receptoras, dificultades para organizar un servicio adaptado a las demandas de aquellos mercados de lectores, etc. A pesar de su presencia de largo plazo, la agencia nunca logró construir un lazo de confianza y fidelidad con los diarios que justificara un vínculo excluyente. El mismo informe de Navarro Viola, vimos, celebraba el auge de los corresponsales exclusivos por oposición a aquellas agencias globales, percibidas como empresas ligadas a intereses extranjeros, y por eso nunca del todo confiables en sus intenciones. Y no se trataba solamente de objeciones de las elites: a juzgar por lo que captaba un diccionario de lengua popular carioca en el cambio de siglo, la voz “Havas” significaba “engaño” y “fábrica de mentiras”.<sup>13</sup> Las objeciones en relación a esta agencia alcanzarían su máxima expresión con la Primera Guerra, cuando la parcialidad informativa de Havas se volviera política oficial, y los diarios porteños hicieran público el éxodo sistemático hacia otras fuentes informativas.<sup>14</sup>

En verdad, los derechos supuestamente exclusivos de esta gran agencia en América del Sur nunca fueron excluyentes. El acceso al cable estaba abierto a todos los usuarios que pudieran pagarlo, y Havas era uno entre otros. A medida que los grandes diarios de Buenos Aires se consolidaban en su poder económico y en su ambición, fueron desarrollando su propia relación con las empresas (británicas o norteamericanas) que gestionaban el servicio, mientras publicitaban

---

et les réseaux circa 1874-1919”, en: *Le Temps des Médias* 20, Printemps-été, 2013, 125-138.

<sup>13</sup> “Havas: substantivo proprio de engabelação telegráfica. Fábrica de petas.”, en: BOCK [J. BRITO], *O Dicionário Moderno*, Rio de Janeiro, Tip. Rebello Braga, 1903; citado en: DINO PRETI, *A Linguagem proibida. Um estudo sobre a linguagem erótica*, San Pablo, T. A. Queiroz, 1983, p. 231. Agradezco a Cristiana Schettini por llamarme la atención sobre este documento.

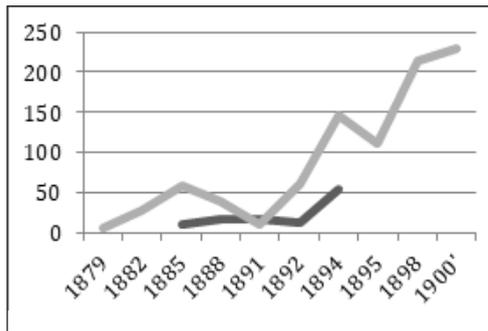
<sup>14</sup> JOE ALEX MORRIS, *Deadline Every Minute. The Story of the United Press*, Nueva York, Doubleday, 1957, p. 103; CANE, *ob. cit.*, p. 32.

crecientemente el recurso a corresponsales “exclusivos”. En los años 1890, las acreditaciones a Havas como fuente de información habían mermado perceptiblemente. A juzgar por las atribuciones declaradas, la gran expansión de los telegramas como origen informativo de la sección internacional de *La Prensa* y *La Nación*, que habían pasado de una veintena a doscientas piezas por semana, no era el resultado de los envíos de ninguna agencia, sino de corresponsalías “exclusivas” y “particulares”.

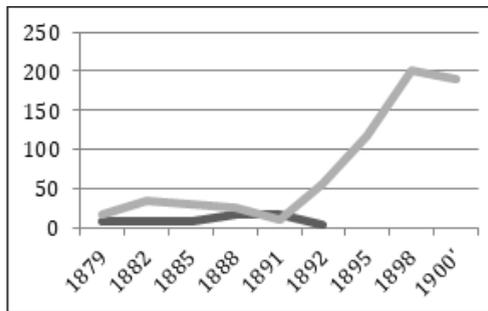
**Gráfico 1. Atribución de los telegramas internacionales por semana.**

*La Prensa y La Nación, 1879-1900*

*La Nación*



*La Prensa*



Telegramas atribuidos a Havas (negro)

Telegramas atribuidos a servicios exclusivos (gris)

**Fuente:** Elaboración propia a partir del registro de una semana aleatoria por año.

Las cosas habían cambiado desde los años 1870, cuando la autoridad de Havas era signo de modernidad, y acceso a la única conexión posible a la red informativa telegráfica. A fines del siglo, la marca de distinción provenía de subrayar el *no* recurso a la agencia, y la primacía de las corresponsalías *propias*. El desahogo de los precios, que por una combinación de mejoras técnicas y competencia entre empresas bajaron sustantivamente en la década de 1890, permitía cablear más noticias y más detalladas.<sup>15</sup>

En 1898, Havas reconocía que era cada vez más difícil luchar con el servicio de *La Nación*.

Nos preguntamos qué va a ocurrir con nuestro servicio, que va a parecer muy escueto en comparación con el considerable número de palabras recibido por el diario de Buenos Ayres, y nos preguntamos también si finalmente no estaremos obligados, si no queremos desaparecer, a triplicar o al menos duplicar de un día para otro el alcance de nuestro servicio político, cualquiera sean las pérdidas que puedan resultar, para mantener nuestra situación y hacer retroceder a *La Nación*.<sup>16</sup>

Puesto que los directivos de Havas-París se negaban a retirarse del mercado, y la competencia de estos diarios se había tornado en un impedimento mayor en la carrera de las primicias, pronosticaban un enfrentamiento inminente, una guerra noticiosa cuyos términos serían costosísimos, y no favorecerían necesariamente a la gran agencia:

Tememos llegar pronto a esta constatación, que el único medio de combatir con eficacia la competencia de *La Nación* es de convencerlos de que no importa qué ocurra, no abandonaremos la plaza, y que al contrario, esta-

---

<sup>15</sup> Sobre la convergencia de razones que produjeron la caída de las tarifas del cable submarino a fines del siglo: DWAYNE WINSECK Y ROBERT PIKE, *Communication and Empire. Media, Markets, and Globalization, 1860-1930*, Durham: Duke University Press, 2007, p. 199; JORMA AHVENAINEN, *The European Cable Companies in South America before the First World War*, Helsinki, The Finnish Academy of Science and Letters, pp. 236-239.

<sup>16</sup> Havas al representante en América del Sur Gasser, París, 31-VIII-1898, en: ARCHIVES NATIONALES DE FRANCE, *Fondo Havas*, París, 37 3, p. 267.

mos dispuestos, incluso al precio de pérdidas considerables, a hacerle frente. [...] No disimulamos que será, lamentablemente, una partida grande a jugar, y que las chances de ganar no son quizás muchas.<sup>17</sup>

## UNA QUERELLA

¿En qué consistía el servicio de corresponsalías de los grandes diarios porteños? Entre abril y mayo de 1897, cuando el informe de Navarro Viola se aprestaba a salir a la calle, *La Prensa* y *La Nación* se embarcaron en una áspera querrela en torno a la calidad de sus servicios telegráficos.<sup>18</sup> Dejando de lado convenciones de cortesía, abandonando el tono hermético y profesional de la página “Telegramas”, los líderes de la vanguardia informativa sacaron sus diferencias a la luz acusándose mutuamente de malas prácticas, subordinación a fuentes objetables, engaño a los lectores, y un sinfín de errores en notas específicas. Los recursos puestos en juego para apoyar los argumentos, y el tono general de orgullosa indignación, confirmaban que la cobertura internacional era uno de los elementos consagratorios del liderazgo: que establecer un lugar dominante en este plano era decisivo. Y como los mismos contendientes reconocían, la pelea también servía para explicar a los lectores - y a los historiadores, agreguemos - cómo funcionaba dicho servicio, y cuáles eran los criterios de excelencia del buen periodismo internacional.

La primera piedra provino de *La Nación*. En una inusual columna sin firma publicada al costado del servicio telegráfico, se incluía una inquietante insinuación: para darse importancia ante los lectores, su competidor “inflaba” las noticias de la guerra greco-turca mediante la publicación de piezas redundantes y repetitivas, de veracidad dudosa. Peor aun: basados en un objetable culto al volumen, sus editores habían osado sugerir que la cobertura de esta lejana guerra era una empresa periodística sin precedentes en el país.<sup>19</sup> Tal exhibicionismo que “rompe los tímpanos”, se quejaba *La Nación*, confundía superioridad informativa con abultamiento y negligencia. En la nueva era de los cables baratos, nada era

---

<sup>17</sup> Havas a Gasser, 31-VIII-1898, cit., p. 267. Énfasis agregado.

<sup>18</sup> Este tramo sigue la polémica publicada en las páginas 4 y 5 de *La Nación* y *La Prensa* entre el 23 de abril y el 2 de mayo de 1897.

<sup>19</sup> *La Nación*, Buenos Aires, 23 de abril de 1897, p. 4.

más sencillo que llenar columnas: la clave de la calidad no residía en la publicación de las piezas sin más, sino en un armado que garantizara a la vez veracidad, consistencia e ilación lógica.

*La Prensa* se lanzó de inmediato a defender su territorio, y en 48 horas, el intercambio había escalado a una impugnación sistemática de las prácticas informativas del adversario. Mientras se corría el velo de todo un repertorio de mala praxis, se sinceraban algunos sobreentendidos del oficio y se delineaban definiciones sobre los servicios informativos posibles en la era de la información. Las líneas generales de la contienda permitieron, así, visibilizar los datos estructurantes del mercado moderno de noticias, por entonces en plena consolidación.

La pelea de fondo entre los dos líderes de la “gran prensa” refería a los servicios *telegráficos*, asumidos por ambos como la principal fuente de información internacional. Marca de prestigio en los años 1870, esa fuente había pasado a ser, a fines del siglo, elemento indispensable para cualquier diario con ambiciones informativas, como lo ilustra el nombre mismo de la página internacional: “Telegramas” (*La Nación*) o “Boletín Telegráfico” (*La Prensa*).

La carrera por la velocidad, y por la primicia, era fundamental para la legitimidad en el mercado, por lo que ambos diarios multiplicaban las pruebas de sincronía con los grandes polos informativos del mundo. Si *La Prensa* repetía que la información llegaba de Londres en apenas 50 minutos, *La Nación* recordaba cada día al pie de su servicio que los telegramas de Europa “llegan por los cables directos de la *Vía Madeira*, y alcanzan hasta las seis de la mañana del mismo día de la fecha del diario”.<sup>20</sup>

Puesto que la velocidad de circulación informativa era un valor fundamental en este mercado, las muestras de la calidad de acceso al sistema de cables submarinos eran parte intrínseca de la competencia. Y no es casual que cada diario estuviera asociado a una de las dos grandes competidoras por la gestión del flujo telegráfico internacional en la región: *La Prensa*, como vimos, a la “Vía Galveston”, de la empresa norteamericana Central and South American Co., que desde 1891 controlaba el sistema del Pacífico y había consolidado el

---

<sup>20</sup> He desarrollado la cuestión de las temporalidades informativas en: LILA CAIMARI, “El mundo al instante”. Noticias y temporalidades en la era del cable submarino (1860-1900)”, en: *Redes. Revista de Estudios Sociales de Ciencia*, vol. 40, 2015, pp. 125-146.

lugar de Nueva York como polo informativo continental; *La Nación*, a la más tradicional “Vía Madeira”, en manos del gran grupo británico de la Western Telegraph que desde 1874 gestionaba el sistema de conexiones del Atlántico, con centro en Londres.<sup>21</sup>

Objeto de una publicitada competencia cotidiana, la cuestión de los tiempos informativos fue evocada de inmediato. *La Prensa* señalaba burlona, por ejemplo, que uno de los recientes telegramas difundidos por su adversario anunciaba la publicación de un retrato del emperador etíope Melenik en la revista francesa *L'Illustration*, información ofrecida como material de último momento justo cuando dicha revista se exhibía en los escaparates de las librerías porteñas.<sup>22</sup> (Más allá de la provocación en relación a la demora, retengamos el detalle de la revista francesa en las vidrieras de Buenos Aires a poco de su publicación, síntoma de una modalidad de circulación de impresos sobre la que volveremos).

Acusar al competidor de lentitud era un lugar común en la era de las noticias por cable. *La Nación* se defendía con un argumento complementario, muy de época también: la ansiedad competitiva llevaba a *La Prensa* a publicar noticias falsas, como la caída de la ciudad de Larissa a manos de las fuerzas turcas. Si se había decidido no difundir la noticia todavía, permitiendo a su competidor vanagloriarse de la primicia, no era porque la inminencia de dicho suceso no fuera conocida en la redacción, sino porque el evento no estaba confirmado. La carrera por el posicionamiento en el mercado local no valía, en su argumento, poner en riesgo la credibilidad de un servicio cuya combinación de velocidad y prudencia era exactamente lo opuesto a una marca de debilidad.

Vale la pena detenerse en el referente de estos reproches de destiempo: el retrato de un emperador etíope en una revista francesa publicado demasiado tarde, la caída de una ciudad griega publicada demasiado temprano... Sin quererlo, los ejemplos arrojados en uno y otro sentido también hablan de la radical expansión del espectro informativo, de lo que era considerado *noticia* en los grandes diarios

---

<sup>21</sup> Sobre las empresas de cable: AHVENAINEN, *ob. cit.* Sobre la competencia entre el sistema atlántico y pacífico en América del Sur en los años 1890: JOHN BRITTON Y JORMA AHVENAINEN, “Showdown in South America: James Scrymser, John Pender, and United States-British Cable Competition”, en: *The Business History Review* 78, 2004, no.1: 1-27; WINSECK Y PIKE, *ob. cit.*, p. 79 y p. 197.

<sup>22</sup> *La Prensa*, Buenos Aires, 24 de abril de 1897, p. 5.

porteños: de una carrera por la primacía que podía jugarse en coberturas por completo alejadas no solamente del horizonte cotidiano del lector, sino también de la tradicional noción de noticia internacional como noticia europea.<sup>23</sup>

Intercaladas entre las acusaciones de este tipo, abundaban delaciones del error informativo, muy típicas también de la era del telégrafo global: caracterizaciones equivocadas de personalidades remotas, confusión de nombres propios, desconocimiento de los contextos de los hechos reportados, superficialidad, contradicción, etc. Lo que estos diarios se reprochaban era, en verdad, muy parecido a lo que se decía de las grandes agencias de noticias: con la expansión de los horizontes de cobertura, la multiplicación de canales de circulación y la aceleración de los tiempos, el control de contenidos se había vuelto más difícil de garantizar. A pesar de la multiplicación de protocolos de verificación, todos cometían errores y estaban expuestos al ridículo. (Así fue creciendo el anecdotario del error telegráfico, fuente de la perdurable desconfianza popular en esta tecnología.)

Más allá de *gaffes* involuntarias, la cuestión evocaba la gran pregunta por las mediaciones a las que estaban sometidos los mensajes llegados por el cable, dimensión que también desvelaba a los gestores del sistema. Aquí se abría otra franja de disputa que tocaba dilemas centrales del oficio: ¿hasta dónde podía o debía intervenir cada diario entre el telegrama recibido y la noticia publicada? Allí donde *La Nación* acusaba a *La Prensa* de arrojar sobre sus lectores montañas de mensajes crudos, confusos y contradictorios, *La Prensa* veía excesiva edición de contenidos en su rival, otra forma de permisividad que en este caso bordeaba la desnaturalización e incluso el engaño. No era la belleza literaria del conjunto lo que debía primar, se repetía socarronamente desde sus columnas: con criterio eminentemente moderno y comercial, se enfatizaba el valor intrínseco, desnudo, de la noticia. Por eso, este diario dedicó una parte central de sus esfuerzos polémicos a contrastar telegramas propios - cortos y concisos - con los que el “colega” había publicado sobre las mismas noticias, exponiendo cuán largos eran, redactados a extremos inverosímiles para el lenguaje telegráfico, con detalles de color que sólo podían provenir de la mesa de los “cableros” locales.

---

<sup>23</sup> Sobre la expansión de la cobertura espacial de las noticias de fin de siglo: LILA CAIMARI, “En el mundo-barrio. Circulación de noticias y expansión informativa en los diarios sudamericanos del siglo XIX”, en: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana Dr. Emilio Ravignani*, n° 49, julio 2018, pp. 81-116.

*La Prensa* planteaba el reto públicamente: ¿era capaz *La Nación* de exhibir, como lo hacían ellos, los telegramas originales en la puerta de su imprenta, a fin de permitir el control de sus lectores? La invitación/desafío se repitió varias veces, perentoria. Y en la renuencia del adversario a ceder al juego -que declaraba innecesario, por debajo de sus estándares de credibilidad- puede leerse el reconocimiento silencioso de una práctica muy extendida, que no por conocida entre los del oficio era menos difícil de admitir ante los lectores. Intervenir los telegramas era práctica intrínseca al uso del cable. La figura del redactor dedicado a esto, presente en todos los diarios de la época, evocaba a quien recibía, traducía y hacía legible lo que llegaba por los hilos en lenguaje codificado y parco. La cuestión era hasta dónde debía ejercerse esta intervención. Y no era un punto menor: Havas, por ejemplo, ponía reparos severos a las expansiones imaginativas que adornaban la versión publicada de sus envíos a países lejanos, libertades que mucho costaba controlar. Esta preocupación explica la política de envío de noticias cada vez más cerradas a la interpretación y el “bordado”.<sup>24</sup>

Es que tras esta disputa sobre transgresiones y traspies cosméticos estaba, claro, la gran cuestión del estatus de *verdad* de la información recibida por el cable, cuyos caminos puntuados de mediaciones remotas e intervenciones anónimas volvían sus fuentes y circuitos especialmente herméticos al escrutinio de los lectores. Muy pronto, la querella se desplazó de los ritmos y la factura de la página a la calidad intrínseca del servicio. Donde *La Prensa* reprochaba manipulación excesiva de los materiales, su adversario ponía estas prácticas en la cuenta del compromiso con la independencia de criterio informativo, una prueba más del control último de lo que se publicaba, de la *no* sujeción pasiva a agentes externos. Este blasón, cuya importancia Navarro Viola identificaba al celebrar la apuesta a los corresponsales propios, era en efecto el que valía la pelea de fondo. De una u otra manera, la discusión principal refería al *origen* de las noticias telegráficas, de donde se seguía la calidad de la información y la capacidad de control del servicio. Es en este plano donde la querella produciría el mayor sinceramiento.

---

<sup>24</sup> Havas-París al representante en América del Sur, Baccani, 19-I-1887, ARCHIVES NATIONALES DE FRANCE, Fondo Havas, Paris, 37 1, p. 408. La carta refería, por ejemplo, a la desafortunada intervención de un redactor rioplatense que, por ignorancia del contexto, había tornado un suelto sobre un hecho de violencia anarquista ocurrido en Alemania en un mero *faits divers*.

Resulta difícil establecer quién salió ganando en la contienda, plena de la artillería retórica y declaraciones de victoria. Sí es indudable que el episodio erosionó por ambos lados imágenes laboriosamente construidas de liderazgo en el mercado local de noticias. Hechas de publicidad de los recursos tecnológicos y abundante autoelogio sobre acceso y velocidad, esas imágenes se vieron de pronto contrastadas con una inédita operación de develamiento de las condiciones efectivas de producción. Detrás de la fachada de omnivigencia y omnipresencia de la página de exteriores -detrás de los sueltos cotidianos sobre la rebelión en Cuba, el affaire Dreyfus o la guerra greco-turca precedidos de la fórmula "de nuestros corresponsales"- pudo distinguirse con mayor claridad, al menos por unos días, cuánto de todo aquello era el fruto de los recursos propios, cuánto de los ajenos, y cuánto era común a todos los participantes en una nueva ecología informativa de alcance global.

La querrela echó luz, por ejemplo, sobre lo que cubría la muy dispendiada noción de "corresponsal exclusivo", fórmula que evocaba modernidad noticiosa y potencia de cobertura. "De nuestros corresponsales", "De nuestros corresponsales exclusivos", "De nuestros corresponsales particulares": el encabezamiento sugería capacidades de acceso informativo de gran escala, pero echaba un manto de ambigüedad sobre el alcance exacto de los recursos puestos en juego. Esta permisiva complacencia, cuyo efecto de lectura sugería arquitecturas de corresponsalía de amplísima escala, terminó con la sorprendente revelación de *La Nación*, algo parecido a la ruptura de un pacto:

En primer lugar, no le corresponde mérito alguno [a *La Prensa*] por la organización de ese servicio, que no está siquiera sujeto a su criterio. Una empresa telegráfica, la vía Gálveston, se lo entrega hecho, y no hecho para el colega, sino para un órgano neoyorkino, el *Herald*. Sabido es que, por una mensualidad fija, la vía Gálveston proporciona sus despachos á quien quiere pagarlos, en las distintas ciudades del trayecto de sus líneas telegráficas.

La exclusividad, entonces, era pura quimera:

No es exclusivo del colega, sino en Buenos Aires. Fuera de aquí, toda la América española, desde Méjico hasta Chile, tiene los mismos despachos, originarios todos del *New York Herald*, que los confeccionan como mejor

conviene á los intereses que representa, ó al gusto de sus lectores. De aquí que reflejen, de preferencia, el criterio yankee tal como el *Herald* lo entienda.

Lejos de ser fruto del trabajo de una planta de corresponsales propios diseminados en las zonas calientes del mundo, como se sugería ampulosamente cada día, estas informaciones no costaban más que “el trabajo de adquirirlas en montón, para publicarlas tal como vienen”.<sup>25</sup> La denuncia apuntaba al corazón de una de las definiciones de vanguardia informativa: la no-dependencia de agencias y vendedores mayoristas de noticias, la autonomía de criterio y la adaptación a las pautas de lectura que sólo podía provenir de enviados que conocían los intereses de sus lectores.

Así expuesto por su adversario, el vínculo con el *Herald* -que podía leerse entre líneas en los mensajes del servicio, pero que de ninguna manera estaba explicitado en la página “Telegramas” de *La Prensa*- tuvo que ser efectivamente confirmado. Dando vuelta las implicancias del diagnóstico, el diario anunciaba en tono triunfal el contrato con ese prestigioso servicio internacional (no con la Galveston, por cierto, empresa telegráfica a cargo de las transmisiones desde el sistema estadounidense que no producía contenidos, sino con el *New York Herald*), explicando que este privilegio permitía poner al alcance de los lectores porteños los frutos de la red de corresponsales de uno de los principales diarios del mundo.

Más allá de los giros que modularon el reconocimiento del vínculo estructural a un proveedor extranjero, el dato echaba luz sobre todo lo que podía cubrir la etiqueta “servicio especial y exclusivo”. La expresión no designaba, en este caso, corresponsales propios sino ajenos, cuyo destinatario “exclusivo” en Buenos Aires era *La Prensa*. Este dato fue prontamente rodeado de otros indicadores de excelencia informativa: el pago adicional por envíos destinados al cliente porteño solamente, el privilegio del acceso a coberturas de escala global, el mantenimiento del servicio durante toda la noche para incluir noticias de último momento, etc. A esto se agregaban los insumos de un corresponsal que sí era propio en Italia, y arreglos con una serie de agentes que desde otras capitales telegrafaban noticias cuando la ocasión lo requería.<sup>26</sup>

---

<sup>25</sup> *La Nación*, Buenos Aires, 25 de abril de 1897, p. 4.

<sup>26</sup> *La Prensa*, Buenos Aires, 28 de abril de 1897, p. 4.

Poco importaban estas aclaraciones, pues *La Nación* declaraba triunfante su victoria en el terreno principal, donde no cabía comparar la calidad de un diario “enfeudado” a intereses extranjeros con uno del todo independiente. El punto esencial, clamaba

Es la diferencia capital entre el servicio de uno y otro diario, enfeudado uno á las informaciones de un periódico norteamericano, facilitadas en bloque mediante una suma mensual por una compañía telegráfica de la misma nacionalidad; y atendido el otro por corresponsales elegidos, independientes de toda influencia que no sea la que domina en todo lo que con el propio diario se relaciona, y directamente instruidos acerca de las necesidades á que deben preferentemente atender.

Para distinguirse de su competidor, *La Nación* adoptaba la fórmula “Corresponsales *particulares*”, que sugería relación contractual con ese diario solamente (Figura 1)

Figura 1:



Por su parte, *La Prensa* no tardó en explicitar lo que *de verdad* había tras estos arrogantes reclamos de independencia. Su competidor tenía corresponsales, en efecto, la cuestión era cuánto de la vasta cobertura telegráfica provenía de ellos. Y la conclusión era lapidaria: el omnipresente y omnividente edificio insinuado en el encabezamiento del servicio consistía en tan sólo *cuatro* agentes, apostados en París, Madrid, Washington/Nueva York y La Habana (eran momentos de la guerra independentista librada en Cuba). Todo lo demás provenía de fuentes indirectas y servicios mayoristas no debidamente explicitados.

Semejante descripción, que tanto devaluaba la imagen del poder de cobertura de *La Nación*, tampoco fue negada. Tal era en efecto la distribución de sus corresponsales, reconocía el diario, pero la ubicación estratégica de esos pocos enviados permitía captar noticias llegadas de muchos otros lugares. Si se trataba

de práctica aceptada, por cierto que este *modus operandi* no se desprendía de la lectura ingenua del servicio, tal como era redactado y exhibido en la página. Sólo el escrutinio surgido de esta confrontación había revelado cuánto se disimulaban las fuentes efectivas de las noticias, fuentes en su mayoría indirectas, y por ende no verificables de primera mano por los corresponsales “particulares”. Este disimulo incluía las noticias llegadas por la vía de la tradicional agencia Havas, cuyo origen mencionado con insistencia en los años 1870 era ahora callado, “debiendo observarse que no hay diario en Buenos Aires que no sea suscriptor de esa Agencia”, se agregaba maliciosamente.<sup>27</sup> La declaración de autonomía de las agencias noticiosas pregonada por *La Nación* (y recogida tan celebratoriamente por Navarro Viola) y la descripción de su servicio como el de sus corresponsales “particulares” habían sido cuanto menos exageradas. Y prematuras también, puesto que la publicitada desafiliación del servicio de Havas se había visto prontamente revertida, pero sin publicidad. Como su competidor -y como todos los demás, agreguemos- este diario obtenía una porción sustantiva de su servicio de corresponsales por medios otros que la cobertura directa.

La querrela por los servicios telegráficos ofreció una rara oportunidad de explicitar los mecanismos de composición de una de las secciones más prestigiosas de los grandes diarios, cuya génesis era particularmente hermética al ojo del lego -como lo era la magia de la electricidad, en la base del sistema telegráfico-. Al forzar el abandono de la habitual clave propagandística del servicio propio por el develamiento de las tretas del “colega”, el episodio describía un sistema que se prestaba a tonos más sobrios. Allí, en el mundo real de la recolección de noticias, los recursos tecnológicos y humanos -muy considerables, por cierto- planteaban límites que sólo podían ser superados mediante recursos que estaban por fuera del plantel “exclusivo” o “particular”.

Lo que emergía del episodio, en verdad, era un rasgo central del funcionamiento del mercado informativo, allí donde las noticias circulaban en muchas direcciones y vertiginosamente, impulsadas por agencias de gran escala y por una multitud de corresponsales individuales, todos usuarios de un sistema de transmisión que estaba en su apogeo. Los actores de este entramado -incluidos los corresponsales rioplatenses- tenían acceso a información producida en

---

<sup>27</sup> *La Prensa*, Buenos Aires, 28 de abril de 1897, p. 4.

muchos puntos, que contribuían a seguir reproduciendo mediante envíos a sus diarios de origen. Ni bien publicados, esos envíos eran retomados por corresponsales de las provincias para reproducción en los diarios del interior.

El más rápido vistazo a las corresponsalías "particulares" de *La Nación* revela que una parte sustantiva de los telegramas recibidos provenía de los diarios de la ciudad de emisión, información a su vez montada en cadenas más o menos largas de origen más o menos explicitado. En Buenos Aires, como en todas las ciudades latinoamericanas, la expansión de noticias internacionales era el emergente de un sistema *en red*, adonde toda cobertura tenía algo de reenvío, allí donde el acceso mediado a la información era práctica aceptada. En esta constelación de entradas múltiples, ningún actor era por completo independiente de los demás, ni por completo subordinado.

La evidencia que arrojan los principales diarios de Buenos Aires plantea preguntas en relación a los consensos historiográficos sobre las modalidades de desarrollo del sistema internacional de noticias en este período. Por regla general, el vínculo entre la consolidación de la red de cables submarinos y la emergencia de un mercado global de noticias ha sido considerado tomando en cuenta el papel de los actores dominantes: las empresas que gestionaban este medio y, sobre todo, las agencias de noticias.<sup>28</sup>

No obstante, la observación de las zonas periféricas de influencia de esas agencias arroja otro resultado, en especial cuando se combina con la existencia de actores poderosos en mercados locales de diarios, como ocurría en Buenos Aires. En esta plaza de gran consumo de noticias, la impronta de las agencias era cuanto menos heterogénea, permitiendo que los jugadores más fuertes desarrollaran desde temprano estrategias de acceso autónomo al sistema informativo internacional. Esto no significa que dichos diarios accedieran a un terreno plano, o que el acceso fuese igualitario -los datos del régimen de tarifas telegráficas y el diseño de la infraestructura de cables son por demás elocuentes en relación al poder de los actores dominantes del sistema-. La nómina de ciudades de emisión de los mensajes también es indicativa de una geografía del poder informativo, donde dos o tres centros (Londres, París, Nueva York)

---

<sup>28</sup> Entre otros: BOYD-BARRETT Y RANTANEN (eds.), *ob. cit.*; SILBERSTEIN-LOEB, *ob. cit.*

irradian hacia el resto del mapa, y donde se establecen los temas de la agenda noticiosa para muchos diarios del mundo. Dentro de dicho marco, interesa señalar que distintas estrategias de acceso y modalidades de circulación eran posibles.

El despliegue de corresponsales en polos de irradiación informativa, y el contrato con empresas de cable para la recepción de telegramas propios, eran gestos de independencia con implicancias genuinas. Tomemos la cuestión de las primicias, por ejemplo: tanto las empresas del cable como las oficinas de correos nacionales donde se gestionaban los despachos funcionaban según el principio del orden de llegada, independientemente del emisor –y es este principio el que explica las estampidas a la oficina de correos, emergente visible de la competitividad del oficio-. Ningún diario ni ninguna agencia tenían garantizada la primacía, pues accedían al sistema guiados por las mismas reglas –a menos que alquilaran un cable propio, una práctica excepcional-. Esto es evidente en los casos en que la noticia era cubierta en directo, como el caso Dreyfuss, adonde los periodistas de todo el mundo accedían sincrónicamente, en una sala de los tribunales parisinos, a la misma información. Pero incluso cuando las novedades sobre un evento lejano estaban dictadas por una sola fuente –cuando había un único corresponsal de un gran diario en un terreno bélico, por ejemplo- el acceso a la noticia no dependía de la política distributiva de un solo agente. Así se explica la preocupación de Havas en relación al servicio de *La Nación*: este diario podía acceder a otras fuentes, y hacer llegar la información a las oficinas de Buenos Aires antes que la gran agencia.

Esto no significa que la impronta de los actores dominantes del mercado global de noticias no se hiciese sentir. Ubicado en el corazón del sistema de comunicaciones, el *London Times* era el referente en política internacional, el que mayores recursos de cobertura desplegaba, y el más citado por la prensa porteña. Y detrás de los diarios europeos, las tradicionales agencias –Havas, Reuters- contribuían cada día a los paquetes informativos, cuyos contenidos eran diseminados por la vía de los corresponsales individuales de centenares de otros tantos diarios del mundo. Hacia fin de siglo, también ganaban importancia los servicios del conglomerado norteamericano Associated Press, como los grandes diarios del gran polo informativo estadounidense, Nueva York. En este sentido, la asociación de *La Prensa* con el *Herald* es síntoma de una noción de modernidad informativa

que se ha extendido de las capitales europeas a lo que ya era, a esas alturas, el polo informativo del continente. (En pocos años, *La Nación* publicaría a viva voz su asociación formal al servicio del *New York Times*).<sup>29</sup>

En este marco, las destrezas requeridas a la corresponsalía exterior de los diarios de una ciudad como Buenos Aires -ciudad con un gran público lector, y a la vez geográficamente excentrada- referían a la capacidad para sacar el mayor provecho posible de un sistema de muchas entradas. En la mayor parte de los casos, esas entradas no estaban en campos de batalla remotos sino en los diarios principales de algunas ciudades del mundo. La convención aceptada del acceso libre a información ya publicada era particularmente redituable para los corresponsales latinoamericanos, pues la disposición de los husos horarios permitía aprovechar materiales del día difundidos en los matutinos europeos. Con ellos, y con el ocasional acceso preferencial a los sueltos de agencias y grandes diarios con los que mediaba un vínculo formal, se componía un repertorio que permitía, cada día, componer un profuso mosaico informativo para acompañar el desayuno del lector porteño.

La práctica legítima y preciada del uso de información levantada de la primera edición de matutinos europeos marca toda una concepción de la corresponsalía, donde el criterio central giraba en torno a la *selección y rejerarquización* más que al acceso en sentido estricto. *La Prensa* y *La Nación* aprovechaban muy generosamente esta posibilidad, en prácticas que oscilaban entre la apropiación de materiales publicados mediante la reescritura sin atribución de la fuente, y la extensa cita precedida de los datos de origen, en particular cuando se trataba de la palabra autorizada de un diario prestigioso.

Los contenidos de este armado no estaban dictados de antemano, ni los sesgos dependían por completo de los proveedores de origen: a todas luces, el criterio se ajustaba en medida no menor a las instrucciones del diario propio, y a nociones sobre los intereses del público lector al que iba dirigido el servicio. Así, la selección se componía de elementos tomados (directa o indirectamente) de la cantera de los grandes proveedores, y también de fuentes de menor escala consideradas relevantes por algún motivo singular. Este conjunto podía, a su vez, incluir noticias y comentarios obtenidos en diarios o revistas de persuasión dispar, ellos mismos fruto de selecciones con orígenes diversos. El ejercicio resultaba en

---

<sup>29</sup> *La Nación*, Buenos Aires, 4 de enero de 1920, Suplemento del Cincuentenario, Sección II. *Investigaciones y Ensayos* N° 68, 2° semestre 2019, pp. 23-53

un paquete que se despachaba cada día, para converger en un “flujo” informativo de circulación a gran escala. Lejos de ser un punto terminal en el circuito, Buenos Aires era la plaza donde otros contingentes de corresponsales volvían a apropiarse de ese compuesto para desarmarlo y reenviar una nueva versión por la vía de los circuitos regionales del Cono Sur. Los diarios de las provincias argentinas, que se nutrían generosamente de los servicios internacionales de *La Nación* y *La Prensa*, volverían a utilizar, el mismo día, una selección propia de los materiales publicados en los grandes matutinos porteños.

### COMPUESTOS COTIDIANOS SOBRE EL MUNDO

Independientemente de los méritos de cada uno, los líderes del mercado de diarios de Buenos Aires participaban de un sistema de circulación de noticias que era común a los servicios informativos de toda la prensa del mundo, donde los usuarios podían acceder por vías distintas y a bajo costo a coberturas periódicas de amplio espectro temático y espacial. En ese juego, hemos visto, era práctica aceptada disimular las operaciones menos cotizadas, subrayar la fuente prestigiosa, minimizar la que provenía de los mayoristas menos exclusivos, y agigantar el efecto global de cobertura “particular” presentado a los lectores.

Por estos mismos motivos, cualquier lector de la querrela en torno a los servicios informativos hubiera creído que la información de eventos lejanos dependía por completo del telégrafo. Y que la única figura que contaba a la hora de hacer el balance de calidad era la del corresponsal que desde algún lugar remoto transmitía sus mensajes breves y apurados, manteniendo a los lectores al tanto del mundo en tiempo real. Un vistazo menos segmentado a las páginas de los diarios -y uno menos marcado por las reglas de la competencia- hubiera revelado, no obstante, que el servicio internacional seguía dependiendo en medida muy considerable del transporte a vapor, y que las figuras de corresponsalía que participaban de esa composición eran, en verdad, muy diversas.<sup>30</sup>

---

<sup>30</sup> Sobre las figuras de corresponsalía de *La Nación* - en particular, las más ligadas al mundo literario - remito al excelente trabajo de MARTÍN SERVELLI, *A través de la República. Corresponsales viajeros en la prensa porteña entre los siglos XIX y XX*, Buenos Aires, Prometeo, 2018, cap. I. *Investigaciones y Ensayos* N° 68, 2° semestre 2019, pp. 23-53

Como han mostrado numerosos estudios, la modernización de la prensa de Buenos Aires estuvo estrechamente asociada a la emergencia de la figura del corresponsal de firma, el letrado que prestaba sus talentos a la crónica de viaje, jerarquizando las páginas con un sello estilístico asociado al nombre propio.<sup>31</sup> Con un ambicioso roster de colaboradores literarios, políticos y científicos, *La Nación* estableció muy temprano su primacía en este plano, publicando cada semana columnas exclusivas firmadas por plumas prestigiosas ubicadas en las grandes capitales. Dichas colaboraciones pesaban mucho en la imagen del diario, y pronto se tornaron en un requisito más para el posicionamiento en el mercado. Navarro Viola observaba que, en esos mismos años, *La Prensa* se esmeraba en achicar la brecha dedicando recursos ingentes al desarrollo de un repertorio propio de firmas asociadas al mundo literario europeo.

Por regla general, este desarrollo ha sido considerado en tanto que antítesis estética e ideológica de las coberturas noticiosas dependientes del telégrafo. La premisa de esta oposición es clara: al quedar la noticia acotada a los tiempos y escrituras que circulaban por el cable, los corresponsales letrados ofrecían narrativas personales -experimentales incluso- en contrapunto con la escritura mercantil y comodificada asociada al servicio telegráfico.<sup>32</sup> En esta visión, *La Nación* habría tenido un papel vanguardista, impulsando simultáneamente ambas expresiones de la modernización: la crónica modernista y el telegrama, emergentes que presuponen diferenciación de tareas entre corresponsales culturales y noticiosos, y una separación tecnológica de la circulación con efectos contrastantes en la escritura.

Dicho contrapunto ha probado su productividad en los análisis de la crónica modernista finisecular nacidos en el marco de los estudios literarios. Pero el énfasis se ha cobrado un precio en la arena de la historia cultural de la prensa, que se interroga por los efectos simbólicos más amplios de los periódicos de consumo masivo, en tanto artefactos culturales complejos. Los diarios mismos contribuyeron a esta visión, al describir de manera cuanto menos desapareja sus fuentes efec-

---

<sup>31</sup> Sobre las crónicas de José Martí en *La Nación*: JULIO RAMOS, *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*, México, FCE, 1989, cap. IV; sobre Payró en *La Nación*: SERVELLI, *ob. cit.*; sobre Rubén Darío en *La Nación: Viajes de un cosmopolita extremo*, Selección y prólogo de Graciela Montaldo, Buenos Aires, FCE, 2013, pp. 11-48.

<sup>32</sup> Tal es el marco en el que Julio Ramos inserta su influyente análisis de las corresponsalías de José Martí para *La Nación*: RAMOS, *ob. cit.*, cap. IV.

tivas de información, evocando lo que era rendidor en la lógica de construcción de imagen en el mercado (el gran servicio telegráfico, las firmas prestigiosas) y soslayando los eslabones menos cotizados. Por su parte, los estudios económicos, tecnológicos y políticos sobre el sistema informativo se desentendieron de estas mediaciones, para observar las fuerzas estructurantes de esos “flujos”. Interesados solo parcialmente en el sistema productivo en el que estaban insertos los corresponsales, en el primer caso, o solamente en los mecanismos económicos y tecnológicos, en el segundo, los análisis han tendido a relegar el espectro más amplio de mediaciones implícitas.

Así, un dato fundamental de aquellas coberturas ha pasado casi desapercibido: el servicio ofrecido cada día por los diarios contenía una porción considerable de material que no tenía el valor noticioso de lo muy reciente ni el prestigio de la firma conocida. Si en lugar de seguir la pista de uno solo de sus insumos nos aproximamos al servicio noticioso como un compuesto más amplio, se desprende de inmediato que dichas piezas convivían con un amplio repertorio de escrituras y modalidades de circulación. Asimismo, que el transporte a vapor seguía estando en el centro de un sistema informativo que no solamente vivía al pulso de los mensajes electrónicos sino también de la expansión inédita de los medios que transportaban cartas e impresos a granel. De esta mirada se sigue, además, que el servicio internacional de cada día no provenía solamente de los puertos europeos, sino también de plumas ubicadas *en el punto de llegada*.

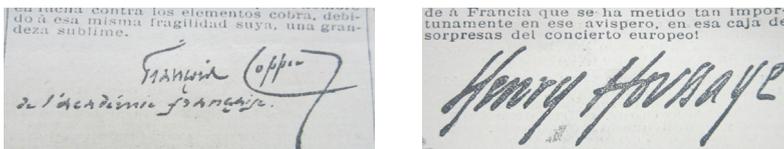
Observado el servicio como compuesto, entonces, se insinúan figuras de mediación cuyo interés no reside (o no exclusivamente, en todo caso) en el punto de vista o la fuerza del estilo, sino más bien en su función en un sistema informativo de gran escala. La historia de esas instancias está por delante, y no es éste el lugar para emprender dicha tarea. Por el momento, se ofrece apenas una tipología somera de las vías *otras* que el telégrafo que convergían en el servicio informativo internacional de los grandes diarios de fin de siglo. Dando por sentado que no hay tipos “puros” y que cada corresponsalía es singular -el término mismo es aún inestable y difuso en esos años, como ha explicado Servelli<sup>33</sup>- el ejercicio procura esbozar un marco que permita ponderar el peso relativo de cada agente en el abigarrado conjunto que llegaba a manos del lector.

---

<sup>33</sup> SERVELLI, *ob. cit.*, cap. I.

Comencemos por aquellas plumas más conspicuas, las que firmaban su columna “escrita expresamente para...” con regularidad desigual. Colaboradores más que corresponsales en sentido estricto, se trataba de figuras ligadas a la cultura y al *beau monde* en ciudades estratégicas en el horizonte cultural rioplatense. Larguísima, la lista incluye a Cesare Lombroso, Guglielmo Ferrero, Edmundo De Amicis, Benito Pérez Galdós, François Coppée, Max Nordau, o la baronesa Livet (sobre moda parisina) colaboraban con los grandes diarios porteños sobre temas muy diversos, sin moverse de su lugar de residencia. Sus piezas capitalizaban un conocimiento de los pliegos letrados, artísticos o científicos del mundo europeo (italiano, francés, español), considerados de interés para los lectores rioplatenses, y tamizados por la agenda de cuestiones de actualidad. Como indicaba Navarro Viola, *La Nación* era el líder indiscutido en este plano, con decenas de nombres prestigiosos, en efecto.<sup>34</sup> Pero a fin de siglo, *La Prensa* también invertía en el desarrollo de su propio plantel de colaboradores de la cultura. Procurando recuperar terreno, este diario multiplicaba los signos de exclusividad estampando al pie de cada columna un facsímil de la firma manuscrita del periodista-autor (Figura 2).

Figura 2:



Paralelamente, la firma de corresponsales con un compromiso más sostenido con el diario revestía un valor fundamental. Emblemática de la era de los diarios modernos, esta figura representaba el polo opuesto de la escritura-engranaje asociada al telegrama. No se esperaba de sus entregas la cobertura de desarrollos

<sup>34</sup> El catálogo “Artes y Letras en “La Nación”, 1870-1899” reúne la extensa lista de nombres y colaboraciones, con gran concentración en las corresponsalías culturales en Francia, España e Italia. *Bibliografía Argentina de Artes y Letras*, N 32/35, Fondo Nacional de las Artes, 1968.

estrictamente “noticiales”, sino los particularísimos ángulos de la pluma ligada al nombre, sobre temas culturales o sociales más independientes del cronómetro. Las largas colaboraciones de José Martí (en los años 1880) y de Rubén Darío (en los 1890) con el diario *La Nación* despliegan las posibilidades más ricas e interesantes de esta inflexión.<sup>35</sup>

Junto a esta manifestación moderna, modernista y cosmopolita, la corresponsalía viajera mantenía algunas de sus encarnaciones más antiguas - residuales, podría decirse - como la ocasional columna firmada por viajeros del mundo político-letrado porteño. Fuente fundamental de información en décadas previas, el viaje del “amigo” del diario guardaba un perdurable rendimiento en tiempos de profesionalización del servicio, agregando pinceladas de testimonio personal a lo que ya podía concebirse como cobertura en sentido más estricto. Si el paso por París, Londres o Madrid coincidía con algún evento político importante, la presencia de este colaborador era aprovechada para el envío de notas un poco más sistemáticas, que podían virar hacia lo informativo-noticioso. De aquellas “cartas” propias de la prensa de los años 1870 y 1880 a las notas de Gerchunoff o Payró de principios del siglo siguiente hay, en efecto, una línea de continuidad que también permite ver los cambios.<sup>36</sup>

---

<sup>35</sup> Entre 1883 y 1891, Martí envió desde Nueva York y otras ciudades norteamericanas colaboraciones regulares para *La Nación*, cubriendo un espectro amplio de temas que incluía reseñas literarias, actualidades del mundo artístico, obituarios, cobertura de eventos culturales en la región y “cartas” con comentarios políticos o sociales sobre el mundo estadounidense. Rubén Darío inició relación con el diario durante su residencia en Buenos Aires (1893-98), y continuó luego la colaboración desde sus sucesivas residencias en ciudades europeas, iniciadas en Barcelona, adonde fue enviado para cubrir desde España los efectos de la guerra en Cuba. La nómina de colaboraciones en: “Artes y Letras en “*La Nación*”; sobre Martí en *La Nación*: RAMOS, *ob. cit.*; sobre Darío en *La Nación*: MONTALDO, *ob. cit.*

<sup>36</sup> Sobre las colaboraciones a *La Nación* de Alberto Gerchunoff durante su estadía europea en 1913, MÓNICA SZURMUK, *La vocación desmesurada*, Buenos Aires, Sudamericana, 2018, pp. 137-161. Residente en Europa desde 1909, Roberto Payró es sorprendido por la Gran Guerra cuando vive en Bélgica, desde donde cubre para *La Nación* (adonde había trabajado durante largos años) la invasión alemana en ese país; Emiliano Sánchez, “Ser testigo de la barbarie. La ocupación de Bélgica y las atrocidades alemanas en las crónicas de Roberto J. Payró”, en: *Eadern Utraque Europa. Revista Semestral de Historia Cultural e Intelectual*, n° 13, junio 2012, pp. 163-207. MARTHA VANBIESEM DE BURBRIDGE, *Roberto J. Payró, Corresponsal de Guerra. Cartas, diarios, relatos, 1907-1922*, Buenos Aires, Biblios, 2009.

El núcleo informativo del servicio no provenía de ninguna de estas fuentes, sin embargo, sino de una figura igualmente típica de los diarios comerciales de la época: el colaborador “nativo”, pagado por pieza.<sup>37</sup> Un vínculo formal de mayor exigencia ligaba al diario con estos colaboradores, en efecto, cuyas coberturas regulares exhibían una responsabilidad informativa más pareja y exhaustiva. En los tardíos 1890, estos corresponsales -en su mayoría “nativos”, y por eso conocedores del contexto que cubrían- enviaban un reporte semanal panorámico (dos o tres columnas) con novedades políticas, culturales y económicas. Ese informe sacaba provecho de las versiones que pudieran recogerse en los pasillos de parlamentos, conversaciones de café, o acceso a la palabra de alguna figura pública. Al igual que en el caso del colega que telegrafiaba diariamente (los dos eran a menudo el mismo), el núcleo del envío se nutría generosamente de la prensa local, conectada a las redes comunicacionales globales por sus propios arreglos de corresponsalía. Así, estos informes “de París” o “de Madrid” reflejaban refraccionadamente la expansión del horizonte noticioso, incluyendo información de aquellas zonas relevantes en el horizonte político de la ciudad en cuestión (noticias de Cuba en Madrid, de Sudáfrica o la India en Londres, etc.).

No faltaba lugar, en estas entregas, para el comentario editorial y las marcas personalizadas que agregaban carnadura, matices y toques de color a los escuetos anuncios adelantados por la vía telegráfica. Este tipo de colaboración, que a veces mantenía el formato “Carta de...”, es la que a fines del siglo cultivaba para *La Nación* el ingeniero y periodista Alfredo Ebelot desde París, el escritor Ernesto García Ladevese desde Madrid, Aníbal Latino (seudónimo de José Ceppi) y Ettore Mosca desde Italia. *La Prensa*, por su parte, contaba con las entregas de otros literatos devenidos periodistas: Luis Ruiz de Velasco en Madrid, y Marcel Prévost en París.<sup>38</sup>

---

<sup>37</sup> El esquema de corresponsales nativos compensados por pieza -“stringers”, en la jerga de la prensa norteamericana- era en efecto el que en esa época constituía la base de los servicios de los diarios estadounidenses, incluidos los más prestigiosos como el *New York Herald* y el *New York Times*. JACI COLE Y JOHN M. HAMILTON, “A Natural History of Foreign Correspondence: A Study of the Chicago Daily News, 1900-1921”, en: *Journalism and Mass Communication Quarterly*, Primavera 2007, p. 151.

<sup>38</sup> El poeta y periodista español Ernesto García Ladevese, colaborador cultural y político de varios periódicos de su país, cumpliría a fines del siglo funciones de corresponsal de *La Nación* en Madrid, cubriendo semanalmente la actualidad política y constituyéndose en la fuente principal de información sobre la Guerra Hispanoamericana en ese país. Similar misión cumpliría, para *La Investigaciones y Ensayos* N° 68, 2° semestre 2019, pp. 23-53

Con niveles de compromiso y estilos de cobertura disímiles, todos estos corresponsales confluían en el *roster* de firmas que sedimentaban el prestigio de los diarios líderes del mercado. Pero ninguna descripción del sistema de cobertura informativa internacional sería completa sin evocar las plumas, mucho menos conspicuas, situadas en el otro polo del circuito - en Buenos Aires o Montevideo-. Ubicada en un contexto por completo ajeno a los hechos relatados, la tarea de estos borrosos corresponsales locales se parecía a la de sus colegas “exclusivos” en que unos y otros tenían por misión central leer los diarios europeos, y producir síntesis a partir de ese material.

Para comprender la lógica de circulación de impresos que subyacía a esta inflexión más modesta de la corresponsalía internacional, volvamos por un momento a aquel reproche lanzado en el marco de la querrela telegráfica: el servicio de *La Nación*, decía *La Prensa*, había incluido una noticia que podía obtenerse en cualquier librería local adonde se ofrecía *L'Illustration*, la misma revista francesa que el corresponsal “particular” en París citaba como fuente. La micro-revelación se montaba sobre un supuesto compartido: no era difícil acceder, en Buenos Aires, a aquellos materiales impresos que proveían la información de lo que ocurría en “el mundo”. Pues la misma expansión del sistema de transporte a vapor que había permitido la consagración de las corresponsalías, hacía posible la circulación de impresos de larga distancia a escala inédita.

Buenos Aires era una de las ciudades sudamericanas con mayor consumo *per capita* de diarios y revistas por suscripción -publicaciones provenientes en su mayor parte de Francia, Italia, Inglaterra y España-.<sup>39</sup> Entre los primerísimos usuarios de estos materiales figuraban los diarios locales, que tantas columnas llenaban (seguían llenando) con la información obtenida en el puerto. A la labor de los corresponsales de firma, que complementaban el servicio teleográfico con un sello de calidad y auto-

---

*Prensa*, el escritor y crítico Luis Ruiz de Velasco, quien había colaborado previamente con columnas literarias para el diario tucumano *El Orden*. ANA MARÍA RISCO, “La Literatura española en la prensa de Tucumán (Argentina) entre fines del siglo XIX y principios del XX”, en: *Anuario de Estudios Filológicos*, vol. XXXVI, 2013, pp. 107-122.

<sup>39</sup> Esta afirmación se basa en las estadísticas de la Unión Postal Universal. LILA CAIMARI, “Derrotar la distancia. Articulación al mundo y políticas de la conectividad en la Argentina, 1870s-1910s”, mimeo.

nomía, habría que sumar, pues, la de aquellos colaboradores en casa, que también seleccionaban, glosaban y reescribían -sin firmar, y lejísimos del contexto de producción de los materiales- informaciones obtenida de los *mismos* diarios.

La prensa de Buenos Aires siempre se había alimentado de las noticias llegadas por barco, por supuesto, volcando en sendas columnas resúmenes y transcripciones de lo que contenían los paquetes descargados en el muelle.<sup>40</sup> La noticia telegráfica a granel no interrumpió esta práctica: más allá de la reformulación de jerarquías, el tradicional sistema de recolección de noticias internacionales mantenía, a fines del siglo, vigencia muy considerable.<sup>41</sup>

En esta otra esfera de recolección informativa reaparecía la mediación telegráfica, asociada en este caso al corresponsal en Montevideo. Por cierto, la misión principal de este agente no era informar sobre lo que ocurría en esa ciudad, sino seleccionar y glosar lo que obtenía de la lectura de los diarios europeos, que en razón de la distancia al mar y el calado del puerto llegaban a aquella plaza antes que a Buenos Aires. De ahí la fórmula, tan familiar en la prensa de Buenos Aires: "Noticias de Europa. Por telégrafo, de nuestro corresponsal *en Montevideo*". Históricamente dependiente de las embarcaciones que cruzaban de una orilla a la otra, a partir de 1866 esta práctica quedó ligada al flamante cable rioplatense.<sup>42</sup> Gracias a sus tarifas más bajas, este vehículo permitiría niveles de detalle y desarrollo que estaban prohibidos en el cable transatlántico, situando el registro de escritura de estas entregas en un punto intermedio, entre la corresponsalía narrativa y el telegrama de larga distancia.

---

<sup>40</sup> CAIMARI, *ob. cit.*; VÍCTOR GOLDGEL, *Cuando lo nuevo conquistó América Prensa, moda y literatura en el siglo XIX*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2013.

<sup>41</sup> Esta constatación es convergente con otros análisis de "news gathering" en tiempos de la transición en las tecnologías de comunicación. Como observa Richard Kielbowicz para el caso de la prensa norteamericana del Mid-West, el advenimiento del telégrafo no disminuyó el flujo de intercambios de diarios por correo terrestre. Mucho de lo que se publicaba, afirma este autor, seguía proviniendo de los resúmenes de lo que decían otros diarios (especialmente, los de Nueva York). RICHARD KIELBOWICZ, "News gathering by mail in the age of the telegraph: adapting to a new technology", en: *Technology and Culture*, Vol. 28, n° 1, enero de 1987, pp. 26-41.

<sup>42</sup> Sobre la construcción y puesta en marcha del cable rioplatense: RODOLFO A. SAR, *Los orígenes de las telecomunicaciones en la Argentina, 1853-1890*, Tesis de Doctorado en Comunicación, Facultad de Periodismo y Comunicación, UNLP, 2015, pp. 100-139.

En este caso, la prensa europea era explicitada como fuente de información. Así es cómo el seguimiento de una historia -la guerra en Cuba, por caso- consistía en resumir lo que sobre este conflicto decía la prensa europea representada en la “Valija del Orión”, y volcada en la apretada síntesis telegráfica del corresponsal en Montevideo: lo que decían los parisinos *Le Figaro*, *Le Temps*, *La Gaceta de Voss*, *Le Paris*, *Le Journal des Débats* y *Le Gaulois*; o *La Mañana de Roma*, *El Correo de Nápoles*, *La Nación* y *La Gaceta de Venecia*; y también, *The Daily Graphic* y *The Daily Mail de Londres*, *el Nuevo Tiempo de San Peterburgo*, y *El Imparcial de Madrid*.<sup>43</sup>

Mientras tanto, en la redacción del diario, otro colega revisaba los paquetes recién desembarcados en el otro puerto rioplatense. Con esos contenidos, armaría su propia colaboración - igualmente anónima - para el matutino del día siguiente. Más o menos detallada según las necesidades diagramáticas, precedida de titulares en tipografía variada, su narrativa sobre la actualidad política, militar, económica y social del “mundo” se desplegaría bajo un título que también era familiar a los lectores porteños de más edad: “Noticias de Europa. De la Valija del...”, seguido de una lista de subtítulos.

Por fin, y a partir del gran estado de la cuestión que surgía del vasto conjunto de insumos de actualidad internacional -la prensa extranjera, las corresponsalías narrativas y las telegráficas- cada tanto se producía, también allí, una nota editorial sin firma sobre los grandes temas internacionales del momento.

\*

La última década del siglo XIX marca la expansión de los servicios de noticias internacionales en todos los diarios del mundo. Por una convergencia de factores tecnológicos y de diversificación del espectro de materiales ofrecidos por la prensa comercial, la rúbrica de noticias internacionales se tornó en uno de los elementos más emblemáticos de la modernización de la prensa. En este marco general, Buenos Aires constituía un mercado de diarios de excepcional tamaño y diversidad, en razón de las altas tasas de inmigrantes y alfabetización. Era, en fin, una plaza adonde las posibilidades que abría el nuevo mercado de la noticia internacional podían encontrar una demanda que justificara un desarrollo importante.

Los dos diarios que emblemataron este gran momento de los diarios comerciales porteños, *La Prensa* y *La Nación*, invirtieron ingentes recursos en la expansión de sus servicios de cobertura internacional, haciendo de esta dimensión una

---

<sup>43</sup> *La Nación*, Buenos Aires, 3 de abril de 1898, p. 4.

cifra de su prestigio en el mercado. El crecimiento de esta rúbrica no dependió solamente de coberturas exclusivas y servicios telegráficos, como sugería la narrativa de los diarios, sino más bien de una combinación de fuentes que incluía una gran diversidad de corresponsalías de firma despachadas en ciudades lejanas, y panorámicas "del mundo" construidas localmente, a partir de la frondosa oferta de prensa llegada por vía marítima. En todos los casos, la selección y reescritura de materiales publicados en ciudades remotas constituía una parte sustantiva de esta práctica. No sorprende, entonces, que la atención a esta dimensión del servicio -la buena selección, la reescritura cuidada, la adaptación a los lectores- estuviera en el centro de los argumentos en el raro momento de disputa abierta entre ambos diarios. Y que uno de ellos, *La Nación*, colocara la versión más virtuosa de estas operaciones en el centro de su definición del oficio.

En este marco, se percibe el desdibujamiento del protagonismo de las agencias de noticias, factor fundamental en los tramos iniciales del servicio internacional ligado al cable, en la década de 1870. El síntoma no prueba que se eliminara por completo la dependencia de este tipo de proveedor, sino más bien que dicho recurso se disimulaba en el marco de la celebración del servicio propio. Si otras fuentes de información eran mencionadas, las agencias de gran escala figuraban mucho menos que los diarios más prestigiosos del mundo. En ciertos casos, la asociación con grandes diarios europeos y norteamericanos adquirió escala formal, y en el consiguiente establecimiento de esas filiaciones puede adivinarse una nueva estrategia de posicionamiento en el mercado.

El conjunto de elementos puestos en juego en este gran proceso de expansión informativa solo puede ser explorado paulatinamente, en una agenda organizada en torno a las preguntas de la historia cultural de la prensa, en diálogo con los estudios literarios de la corresponsalía y los análisis del sistema productor de noticias. Esa perspectiva puede restituir la composición efectiva de los compuestos simbólicos que circulaban en la página del diario, tomados como unidad de análisis en toda su complejidad. Es de esperar que al interrogarse por los efectos de lectura puestos en marcha por esos elementos, vuelvan a la escena los ávidos lectores de diarios de aquella Buenos Aires en pleno proceso de cambio.

Fecha de recepción: 10-10-2019

Fecha de aprobación 02-11-2019

